

Un hogar de paz y felicidad 9

La risa de Sara

prometen los ángeles a Abraham, nuestro Patriarca, que era muy viejo y aún no había engendrado hijos, que en el término de un año Sara engendraría un hijo. Sara, estando en la tienda, oye sus palabras y se ríe de esa noticia imaginaria, Por eso El Señor reprende a Abraham y le pregunta: “¿Por qué ríe Sara.?” “¿Acaso ella no tiene fe en Mí que tengo el poder de darle un hijo a pesar de su edad?”.

Inmediatamente surge la siguiente pregunta: ¿Por qué El Señor se dirige a Abraham con ese reclamo? Sara también era profetiza, e incluso superior a Abraham. ¿Por qué entonces El Señor no se dirigió directamente a ella por su falta de fe manifestada en su risa?

Aquí podemos entender el concepto que la mujer refleja el nivel espiritual de su esposo y lo que ella hace mal, tiene como raíz un defecto en su marido. Y aunque no podríamos entender esto en forma alguna por el inmenso nivel espiritual de nuestro Patriarca Abraham, sin embargo, en relación a su grandeza, tenía una cierta falta en su fe, lo que se expresó en forma de risa en Sara, su esposa. Es por eso que el Creador se dirigió a Abraham con el reclamo y no a ella, ya que en su risa indicaba cierto fallo en su marido.

El sol y la luna

el hombre es el ‘mashpía, el que influye, el dador, y la mujer es la ‘mekabelét’, la receptora, quien recibe. Así como ocurre con el sol y la luna -en un nivel espiritual-, el marido se asemeja al sol y la esposa a la luna. Así como la luna no brilla con luz propia sino solamente por la luz del sol, la mujer refleja la “luz” que recibe de su esposo. Por lo tanto, la “oscuridad” de la esposa tiene como origen una falta en su marido, o sea una “iluminación” deficiente de parte de él. A un esposo que falla en trabajar sobre sí mismo y mejorar sus rasgos de carácter le es imposible iluminar a su esposa.

Ya que el marido es el dador, debe siempre honrar a su esposa, proporcionarle calidez, amor, alegría, seguridad, y ser una fuente de fe para ella. Contrariamente, cuando el marido llega a su casa queriendo recibir ya sea honores, comprensión, atención, etc., de hecho lo que hace es asumir la característica espiritual de la mujer. Aunque hay momentos en los que la esposa es la que da, esto es sólo una manifestación de que El Señor quiere mostrarle que se complace de él y por lo tanto lo anima por medio de su esposa, insinuándole que está yendo por el camino correcto.

En efecto, el hombre recibe lo que merece, si merece ser animado y respetado, lo será, y si merece unos golpes y desprecio, es exactamente lo que recibirá.

Un altavoz

La mujer está “programada” íntegramente por el Creador. No sólo que ella es el espejo de su esposo, sino que también funciona como un altavoz del Creador, por el cual le habla al hombre. Esto se parece al caso de una persona que habla en un cuarto por un micrófono, y otra persona le escucha por medio de un altavoz en otro cuarto. Si escucha gritos e insultos en su contra por medio del altavoz, ¿¿le pasaría por la mente enojarse con el altavoz, contestarle, pelearse o discutir con él?? ¡Por supuesto que no! Un hombre normal buscaría a quien está hablando por el micrófono y con él ajustaría cuentas por los insultos.

Lo mismo ocurre con el hombre que oye las vociferaciones, quejas y los desprecios de su esposa. Ella es sólo el altavoz, o megáfono del Creador que se expresa a través de ella. Por consiguiente, no debe reaccionar ni responder, sino escuchar lo que El Señor le está diciendo a través de su mujer. Al responder a las humillaciones expresadas por su esposa, es comparable a alguien que se enfrenta al altavoz y lo maldice.